

A veces extrema demasiado su sinceridad; pero yo le doy las gracias por sus salidas de pie de banco, en vez de enfadarme, como harían otros en mi lugar.

¡Son tan raros los amigos como el mío!

II.

La primera vez que aprecié debidamente su mérito fué una noche. Estaba yo invitado á un baile, al que debía preceder un concierto íntimo y una comedia de aficionados. Y yo, por vanidad y por condescendencia, había aceptado un papel en la comedia y en el concierto.

Iba á salir de casa, cuando de pronto se me ocurrió la idea de ensayar de nuevo un pasaje difícil de la obra ante mi amigo, al cual me había olvidado de consultar.

Estábamos solos en mi cuarto y empecé á recitar una tirada de versos, accionando como si estuviese en el teatro.

—¡Qué movimientos tan absurdos!—me dijo de pronto mi censor.
—¿No ves que no sirves para el caso y que las alabanzas de tus aduladores te han perdido?

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Tu mímica es estúpida y tus brazos parecen dos postes telegráficos. Te aplaudirán por cortesía, pero luego, en voz baja, dirán pestes de tí. Ya estás advertido, y ahora puedes hacer lo que gustes.

—Oyé ahora esta romanza.

—Peor. Estás hecho una verdadera caricatura.

Tuve un momento de desprecio; mas, al fin, comprendí la verdad de la crítica, y desde entonces no puedo ver una comedia de salón, ni oír cantar una romanza, sin bendecir interiormente la oportuna intervención de mi amigo.

III.

Desde aquel señalado servicio, resolví obedecerle á ciegas.

A lo mejor le encuentro y oigo que me dice:

—¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? ¿Tienes algún remordimiento? Mira que esas cosas suelen costar muy caras.

O bien:

—¿A dónde vas con esa cara de Pascua? ¡Apuesto cualquier cosa á que has hecho una buena acción! Pero no te felicito por ello, puesto que ya estás recompensando por tí mismo.

Y el caso es que siempre que me habla así, da de tal modo en el clavo, que me verá obligado á ser bueno por temor á las censuras de mi amigo.